



Domingo 3 de Enero de 1993

RCD 7752 CULTURA

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS 29

## Antonio Acevedo Hernández, el hombre de Tracacura

**H**AY una estampa clásica de Antonio Acevedo Hernández, en la que aparece tocado con un pañuelo. La inclina le asoma por debajo del sombrero. Con esa estampa se ilustraban como signo emblemático algunas de las crónicas de la prensa chilena. Escribió largamente en "Las Últimas Noticias". Se afirma que don Agustín Edwards Mac Clure oyó uno de sus discursos de protesta sobre la dejación en que se tenía a ciertos penitenciers del pueblo en la gran tribuna periodística. No demoró el fundador de "El Mercurio" en invitar a Acevedo Hernández a que se convirtiera en uno de sus colaboradores permanentes. Por lo menos en estos términos explicó su incorporación al diario el propio autor de "Arbol viço" durante los funerales de don Agustín Edwards.

Nacido —hace ya 106 años— en la aldea de Tracacura (tierra del trueno), en las cercanías de Angol, Acevedo Hernández dio más tarde razón verificada de sus orígenes:

Yo nací en Tracacura, la Tierra del Trueno es, de allí bajé pa' Santiago. ¡Dios mío, el mundo al revés! Pal hombre yo soy sufrido, pies tengo pa' caminar, nadie me munde con gritos ni me venga a amenazar. Yo ví la muerte en un vaso y el mar en un caracol y too el dolor del mundo se acentró en mi corazón. La vida me importa un bledo, fui carpintero y roante y aquí le estrecha la mano Antonio Acevedo Hernández.

Representa un privilegio casi histórico en la actualidad haber conocido en persona a Acevedo Hernández, pues las figuras de su relieve pugnan pronto por transformarse en leyendas. Un antiguo y brillante alcalde de Quinta Normal, que fue muy mi amigo, don Luis Bernal Cantuarias, radical de toda la vida y padre de mi compañero de colegio y gran admirador de algaradas juveniles (llamémoslas provisionalmente así), Norberto Bernal Fuenzalida, me contó haber conocido a Antonio Acevedo Hernández en circunstancias algo bochornosas. En una visita edilicia a alegadas tierras de secano encontró durmiendo en el lecho de una acopiada de riogo a Antonio Acevedo Hernández. Al parecer, la hora de la siesta lo había sorprendido bajo mala sombra. Hechas las presentaciones del caso, una vez espabilada la modorra, el dramaturgo, cronista y poeta popular acopió con inocultable simpatía los festejos municipales.

Si he de ser sincero con entera dedicación, como dice la gente de la grey política, ahora de nuevo en todo su esplendor, en el seno de mi hogar había pequeños milenarios en torno al pelo largo en los hombres. Por ejemplo, apenas mi pelo crecía hasta la cuarta parte de la melenita que en su infancia exhibía el



Wilfredo Mayorga realizó una amplia investigación sobre el autor de "Choforollo".

buen Benjamín Subercaseaux Zañartu, me mandaban a la peluquería de turno con un rocado estricte: "Regular corte". Nunca entonces entendí bien lo de "regular corte" como, asiendo los años, no he podido entender que algo sea "regular" y "largo". Las creencias revolucionarias de Acevedo Hernández fueron el primer motivo de desconfianza por las cosas del mundo literario que tuve ocasión de observar en casa. Un poeta era para la familia inapropiadamente un hombre de pelo largo. Mal lavado, naturalmente. Acabo de leer en una revista española que el actor y boxeador Mickey Rourke, protagonista junto a Kim Basinger del filme "Nueve semanas y media", película excelente si las hay, apareció en el Casino de Madrid, en un desfile a beneficio de la lucha contra el Sida, con aspecto extravagante y sucio. Su largo pelo se mostraba rehecho con el agua y el champú. Pese a ello, según asevera la revista, su estilo *dirty chic* fascinó a no pocas damas distinguidas.

Este *dirty chic* era el estilo que yo trataba de imponer en mi casa con mi propio descuido en el vestir y con mi admiración temprana por personajes como Antonio Acevedo Hernández. Cuando tenía yo diez años de edad, mi madre me interpuso acerca de mi escaso interés por la ropa bien copillada. Mi respuesta pareció provenir de un discípulo de Diógenes el Cínico: "La ropa no hace al hombre". De más está decir que mi madre no quería hacer de mí un Beumel.

Sólo quería que me viera "decentito". La vida de un escritor como Acevedo Hernández discurre en aquellos años a salto de mata; era una guerra a muerte con la pobreza y el hambre. Los caballeros patillados en el siglo XIX habían perfilado entre toda suerte de halagos económicos la propiedad



Antonio Acevedo: su vida transcurrió a salto de mata.

del arte de escribir, notaban con espanto que el nuevo siglo les deparaba la especie sorprendente del escritor con melenita y desprovisto de recursos financieros.

En su notable opusculo "Antonio Acevedo Hernández, una metafísica de la vida" (Ediciones Ateneo, 1992), volumen recién aparecido, mi compañero de labores Wilfredo Mayorga me ha hecho meditar a fondo sobre el tema del escritor que pretende llegar al fondo y que por regla común carece de fondos. Sostiene Mayorga que Acevedo Hernández vivió en el trágicamente famoso "Conventillo del Diablo", en San Diego a la altura del 1800, entre las calles Franklin y Placer. Curioso. En todas partes hubo un "Conventillo del Diablo". Yo oí hablar de uno situado entre Matucana y Lourdes, cercado por las calles Andes y Martínez de Rozas. Un antipoeta que fue amigo mío y que vivió en su juventud por esos alrededores me aseguraba que el verdadero "Conventillo del Diablo" estaba situado en la calle San Pablo, muy cerca de la Gruta de Lourdes. Como quiera que sea, la existencia de Acevedo Hernández, no obstante la proximidad de la calle Placer, no debe de haber sido como retomar en un jardín de rosas.

En el café de Jalita, de avenida Matra con San Diego, y que más tarde se llamó "Los inmortales", se reunían los escritores jóvenes y también algunas veces llegaban los anarquistas, entre los cuales había poetas y cantantes... El joven Domingo Gómez Rojas, el poeta mártir, autor de ese hermoso "Mi sereno", fue quien llevó a Antonio Acevedo a conocer a los más famosos anarquistas de aquellos años... Así conoció al zapatero Manuel Silva, que trabajaba cada día en su banco de remendón rodeado de obreros a los que adoctrinaba, al mismo tiempo que reali-

zaban su trabajo. Conoció a Manuel Rojas, quien fuera más tarde el notable autor de la novela "Hijo de ladrón", y a José Santos González Vera, otro de nuestros grandes escritores, y también a la noble figura que fuera el anarquista español Casimiro Barrios, hombre digno que afincó en Chile... Estas líneas de Mayorga pintan el ámbito en que se desarrolló la juventud de Acevedo Hernández. De paso, me cabe una pregunta de carácter personal: ¿Es el anarquista español Casimiro Barrios ascendiente de Filoromo Barrios, un revolucionario de la periferia del que escuché que se hablaba en mi juventud? Otra pregunta de espíritu semejante: ¿Hay siempre en todas las ciudades grandes de América Latina un café llamado "Los inmortales"? En un tango recuerdo haber oído su asociación en Buenos Aires: "En el café a los inmortales" —escribe Mayorga— se supo que Antonio Acevedo Hernández había contado a algunos conocidos que tenía escrito un drama campesino titulado "En el rancho", y don Domingo Gómez Rojas quien llevó la noticia a los Grupos Anarquistas y una tarde el drama social "En el rancho" fue leído en la Casa del Pueblo, presumiblemente en el local de Nataniel Cox, pasado avenida Matra...

Un opinión de Wilfredo Mayorga, "la gran razón que da actualidad a Antonio Acevedo está fundamentada en su conciencia de dramaturgo con deberes, que muestra la realidad que vio y ha vivido, donde los personajes hablan su propio lenguaje y descubren sus pasiones sin esconderlo".

Es decir, como un Eugenio O'Neill, como un Sartre "avant la lettre".

En mi condición de presidente de la Sociedad de Escritores de Chile me tocó asistir a la exhumación de los despojos mortales de Acevedo Hernández en el Cementerio General. Don Luis Tello Constanza, dueño de la "Farmacia Huérfanos" y filántropo, había regalado un mausoleo a los artistas de teatro. El nicho temporal en que yacían los restos de Acevedo Hernández tocaba a su fin (como puede verse, hasta los nichos temporales finan). La SFCh obtuvo la venia del señor Tello Constanza para instalar ahí, en el mausoleo de los artistas, definitivamente, los despojos del autor de "La canción rota" y "Choforollo".

No sé por qué habíamos de vagar mucho a través de diversos patios del convento en busca del Mausoleo de los Artistas. Como yo encabezaba la operación, llegó un momento en que desesperado por las penalidades que al hombre afligen aún más allá de la muerte, insté a los circunstantes a dirigir los pasos hacia La Moneda.

Esto es, de cuerpo presente intentábamos demostrarle al poder político la crónica perpetua en que se hunde el destino de los artistas. El buen tacto aconsejó no salir del cementerio.

● Filebo

## Antonio Acevedo Hernández, el hombre de Tracacura [artículo] Filebo.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Filebo

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1993

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Antonio Acevedo Hernández, el hombre de Tracacura [artículo] Filebo. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile